

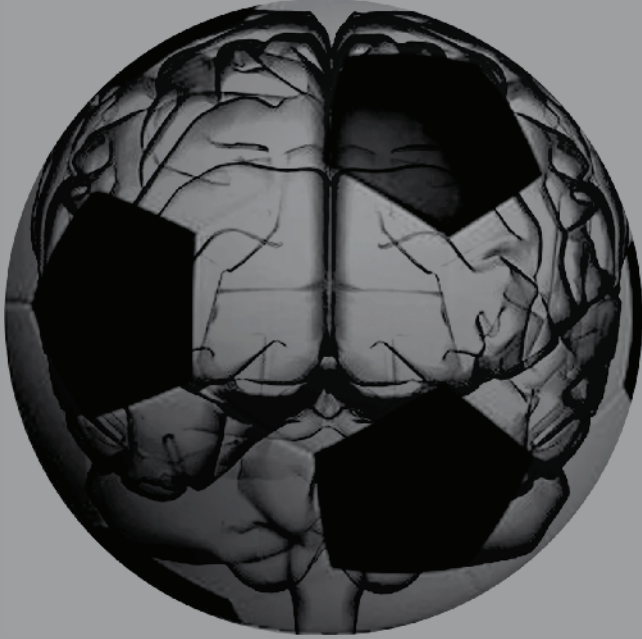
1 Argentina juega contra Inglaterra en el Mundial de México 1986. Después de eludir varios rivales, Maradona le pasa el balón a un compañero, sigue corriendo hacia el arco de Shilton, a la espera del pase que ya debe estar en el aire y salta cuando el balón va hacia las manos del arquero inglés. La mano de Maradona desvía el balón hacia la izquierda para marcar el gol que lo ha juntado con Dios para siempre. Maradona, claro, no le pidió nada a Dios en el momento. No tenía tiempo. Sólo actuó como Dios. Perfeccionó el mundo de acuerdo al ideal más alto. Shilton, tan alto, era un obstáculo insuperable en la altura. Yendo hacia el aire Maradona intuyó que el camino hacia el ideal estaba mucho más cerca: en su mano. Como si Dios lo hubiera puesto ahí para que Diego sólo lo perfeccionara, el balón venía en una trayectoria que era mucho más cercana a la mano de Diego que a su cabeza y a las manos ciegas de Shilton. Pero fue su cerebro el que lo vio todo antes de que ocurriera. La mano de Dios, pero el cerebro de Diego. Y la mano de Dios sólo ocurrió porque allí estaba el cerebro de Diego.





Boris Salazar

El cerebro de **MARADONA**



2 Diego le cuenta a un periodista de televisión cómo ocurrió todo. La cantidad de palabras con las que describe su acción ocupa mucho más tiempo que la acción misma. Describir la mano de Dios es mucho más largo que la mano de Dios convirtiendo el gol que iniciaría la victoria sobre los ingleses. Desde que Diego pasó el balón a su compañero sabía que todo terminaría en las alturas en un encuentro con Shilton, el arquero inglés. Sabía que el defensor más cercano no podía llegar a cubrir a su arquero. Eran sólo él, Shilton y Dios. Cuando Diego se elevó hacia el balón sabía que Shilton, tan alto, iba hacia a dónde no iba el balón y que él, Diego, mucho más bajo, estaba tan cerca del balón como su mano. La detallada narración de Maradona pone en evidencia la operación privilegiada de su cerebro. Todo ocurrió en su cerebro antes de que ocurriera ante los ojos del mundo entero. Cuando Diego se elevó para esperar la trayectoria del balón ya sabía lo que iba a ocurrir. Shilton, pobrecito, tan inglés y tan alto, no vio nada. “Un compañero le avisó”, dice Diego en su programa de televisión, “La Noche del 10”. La mano sólo obedeció el designio y el diseño más veloz de su cerebro. Fue la mano de Dios operada por el cerebro de Maradona.

3 Más de una década después, en 1999, Malcolm Gladwell, escribe en la revista *New Yorker* sobre los genios físicos. El héroe central de su narrativa es Charles Wilson, un neurocirujano que puede hacer en 25 minutos lo que otros cirujanos pueden lograr en seis o siete horas de sufrimiento. Gladwell, que iba camino de ser uno de los autores más exitosos de los últimos años, lo caracteriza como un genio físico: alguien que puede convertir en actos motores lo que su cerebro puede ver y prever. Lo que los hace genios no es hacer las cosas tan bien, sino saber qué hacer en el menor tiempo posible. O mejor, ver lo que los demás no pueden ver y convertirlo en acciones. Un acróbata o un malabarista no es un genio físico. Es un virtuoso que puede repetir una rutina a la perfección. El genio físico deber ser capaz de ver, en milésimas de segundo, patrones que los demás no podemos ver, y que sólo podemos descubrir después de muchas repeticiones. Quizás Michael Jordan no era el mejor lanzador de tres o dos puntos en baloncesto, pero sí era el que veía las mejores jugadas posibles en los momentos más difíciles o en los partidos más intrincados. Gladwell no tiene en cuenta a Maradona en su apretada lista de genios físicos, pero es fácil intuir que lo fue como jugador de fútbol. Lo que Diego veía no lo veían los demás. En sus mejores momentos jugaba un partido distinto al que jugaban compañeros y rivales. La distancia entre Shilton y Diego no estaba hecha de los pocos centímetros que los separaban en esa tarde en el estadio Azteca, sino de las diferentes velocidades a las que operaban sus cerebros. Es esa diferencia de velocidades la que hizo posible la mano de Dios.

4 La mano de Dios ha llevado a filósofos y psicólogos a proponer duros dilemas morales. No es un buen ejemplo, dicen, para niños y jóvenes. A Maradona, más acá y más allá de los dilemas morales, sólo le preocupa, y le preocupó en ese momento, que sus compañeros no celebraran el gol. Si se quedan quietos el juez no validará el gol, pensó Diego mientras corría a celebrar la mano de Dios. En el estadio Azteca y en el mundo entero hay una incompatibilidad básica entre la velocidad mental de Diego y la del resto de los mortales que veían la misma acción. Como los compañeros no iban a la velocidad de Diego, sólo se deciden a celebrar cuando el juez de línea corre a validar el gol de Diego. Sólo Dios y Diego andan a la misma velocidad, adelantándose a los acontecimientos. Los mortales observan que ha ocurrido algo que no parece encajar en las reglas conocidas. Por eso sólo Diego corre y celebra. Aún hoy, muchos años después, Diego corrige a los que han hablado de un supuesto perdón que él le habría pedido a los ingleses. No hay nada que perdonar, dice Diego. Tan cerca de Dios, a punto de ser Dios, ¿no es acaso el ideal más alto hacer lo que se debe hacer para perfeccionar el mundo? Dice Maradona: “A todos los argentinos quiero darles una primicia: yo quise hacer el gol con la mano a los ingleses”. Nada de dilemas morales, nada de pedir disculpas. Eso está bien para profesores de filosofía o para autores de libros de superación. Diego no tuvo y no tiene dilemas morales –al menos no cuando se trata de fútbol y el balón puede entrar al arco rival. Pensó, en cambio, que la justicia estaba de su lado. Los ingleses se lo merecían, por ladrones. No olvidés Las Malvinas, recuerda Diego. ¿Sería el mundo igual sin el gol de la mano de Dios? ¿Qué sería de Maradona? ¿Qué sería de Argentina? ¿Llorarías por Diego, Argentina, sin ese gol?



5 Diego, glorioso, va a Barcelona y a Nápoles. Es el más grande y nadie lo duda. Nadie, tampoco, habla todavía del cuerpo de Diego. Crecen los rumores sobre su uso de drogas prohibidas. Diego, cansado, se retira del fútbol. Todos lo ven aplaudiendo, con una tristeza infinita en el rostro, el 5-0 de Colombia sobre Argentina. Vuelve para el mundial de 1994, en Estados Unidos.



6 Dicen que el cuerpo de Diego está enfermo. Periodistas y paparazzi lo persiguen. Quieren ver de cerca la caída del ídolo. Quieren saberlo todo. En 1994 Diego les responde con unos tiros de una escopeta de aire comprimido. Es un deportista con rabia que tiene a mano una escopeta con la que puede darse el gusto liviano de darles un susto a sus perseguidores. Los periodistas, tan acuciosos, no establecen en público si Diego acertó y, si lo hizo, cuántas veces. Alguno lo demanda por agresión. Diego sigue siendo uno solo: su cuerpo no ha sido separado todavía de su cerebro. Pero ya están a punto de abrir su cuerpo. Y con esa apertura, darle vía libre a su deterioro. El cuerpo de Diego deviene materia de conversación pública. Todos saben más sobre su cuerpo que él mismo. Es el momento de los médicos, de los psiquiatras, de los especialistas en adicciones, de los cardiólogos. Hablan de enfermedades crónicas, de patologías cardíacas, de adicción a las drogas, de problemas psicomotores. Nadie antes se había preocupado por el cuerpo de Maradona. Era una máquina perfecta. Tan perfecta que nadie se había fijado en su funcionamiento. Pero ahora, de pronto, el cuerpo comienza a ser abierto y los que sabían y los que no sabían comenzaron a opinar. Hay observaciones obvias al alcance de todos: Diego está gordo, muy gordo. La ligera gordura en potencia que podía apreciarse cuando era el mejor jugador de fútbol del mundo ha explotado hasta convertirse en una gordura agresiva. La crisis más dura estalla cuando Diego es internado de urgencia en el sanatorio Cantegril, en Punta del Este, en el año 2000. Su médico de cabecera, Alfredo Cahe, aseguró que Diego corrió peligro de muerte y no descartó que pudiera sufrir secuelas de esa afección. Dice Cahe: "Se trata de un temblor muscular y de un cuadro de agitación nerviosa." ¿Y su cerebro? Las noticias afirman que no hay lesión cerebral alguna. Sólo problemas cardíacos y psicomotores. Y si el cerebro está bien, ¿por qué Diego está tan mal?



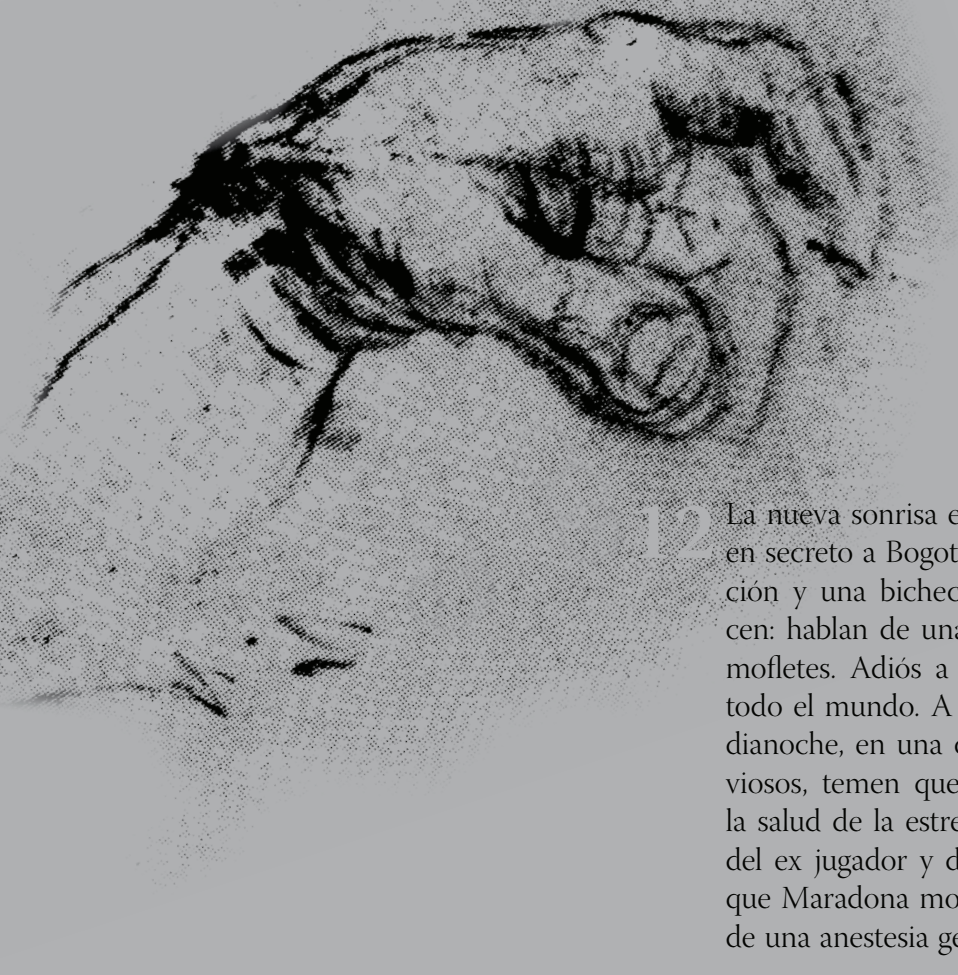
8 Los muchachos de Hubbard, el fundador de un método para la salud mental y física, salen a la defensa de Diego. Horacio Vermont, representante de los chicos de Hubbard, le escribe una carta desafiante a Ernestina de Noble, directora del diario Clarín, por su silencio cómplice con respecto al infame tratamiento que Diego está recibiendo. Los nombres —Vermont, de Noble— parecen salidos de una telenovela mexicana con aires franceses, pero son reales. Como reales son los argumentos de Vermont. Con la paciencia que da el saber científico, Vermont le comunica a la señora directora de Clarín que la cuestión de las drogas y la drogadicción ya había sido solucionada, en forma definitiva, por L. Ronald Hubbard. Nada de manejos o de alivios: la curación total. Vermont, con candidez, da las recomendaciones básicas: ejercicio, sudado en el sauna y nutrición (lo que incluye vitaminas, minerales, aceite). ¿Simple? No, contesta Vermont, que todo lo sabe. Duro, terriblemente duro. Maradona debe sufrir para salir de su adicción, dice Vermont. Si los médicos y psiquiatras que Vermont tanto desprecia pedían que admitiera su carácter de enfermo crónico o que se sometiera a terribles terapias, él y Hubbard, sólo le piden sufrimiento, mucho sufrimiento. La descripción del tratamiento es aterradora. Es el fuego que purifica quemando. Diego debería correr media hora y entrar en la sauna, que está a una temperatura muy elevada, tan elevada que “el sol del mediodía del desierto sería en comparación un baño de agua helada”, y sudar durante cuatro o cinco horas hasta que las impurezas salieran de su cuerpo intoxicado. El tiempo de gozar ha pasado para Diego y sólo le queda sufrir. No sabemos si Diego le hizo caso a Vermont.

7 Desde que el fútbol lo dejó en el Mundial de 1994, el cerebro de Diego había entrado en retiro forzado. Ya no tenía que ver en milésimas de segundo la trayectoria del balón, la posición de los defensores, la mirada del arquero para elegir la mejor jugada posible y aspirar al gol. Su relación con el universo había terminado. Ahora quedaban los recuerdos y un presente difícil, a medio camino entre la intimidad y la vida pública. Su cerebro ya no tenía que acelerar, alcanzar su estado natural y definir en fracciones de segundo. Como dijo Borges a propósito de Beatriz Viterbo: “El lento universo comenzaba a alejarse de ella.” El lento universo ya estaba lejos de Maradona y él tenía que vivir entre sombras, su cerebro viendo las cosas pasar, sin motivo para acelerar, llevando el insoportable peso de una ida sin fútbol.

9 En 2005 los argentinos montan guardia día y noche junto a la Clínica Suiza en Buenos Aires en donde Diego se debate entre la vida y la muerte. Está mal Diego, dicen y esperan. Es el último de los ídolos argentinos. Sin Gardel, sin Fangio, sólo queda Maradona. Ginobili juega muy bien baloncesto, pero no es Diego. Fontanarrosa escribe una columna sobre la lucha de Maradona con la muerte. Descubre algo fundamental: su amor propio y el amor por la pelota. “Lo motorizaba un amor propio formidable, una pasión quemante, un orgullo inagotable, un respeto por los futbolistas y un cariño por los suyos, por el fútbol y por la pelota que lo tornaban impecable. Y siempre la pelota, “que no se mancha”, como dijo en su despedida en La Bombonera.”

10 El cuerpo abierto de Diego deviene escultura. El cuerpo que antes se movía por las canchas, ahora está fijado al quirófano, en manos de cirujanos que son escultores de una belleza inmediata. Su sonrisa es esculpida por expertos en Bogotá. La subdirectora científica de la Clínica Rada, Beatriz González, lo dice con precisión afilada: “Maradona tenía signos de fotoenvejecimiento, papada y flacidez facial.” ¿Fotoenvejecimiento? El concepto es nuevo y alude al paso del tiempo y a la forma en que la luz ha captado a Diego a su paso por el mundo, y a la forma en que Diego ha absorbido la luz. ¿Será que los millones de fotos que le han tomado a Diego han acelerado su envejecimiento natural? La doctora no explica cuál es ideal de belleza con el que han moldeado la sonrisa del futbolista. ¿Es un intento de recuperar la sonrisa del Diego más joven, el que apenas comenzaba a correr por los campos de Fiorito? ¿O es copiar sobre el rostro de Diego la sonrisa ideal y mediana que la larga práctica estética de los cirujanos ha alcanzado? El rostro de Diego ya no es el rostro del Diego y la nueva sonrisa que exhibe es el resultado del virtuosismo de los cirujanos colombianos. ¿Añora Diego su sonrisa de antes o prefiere la de hoy?

11 Una muchacha de Cali, transformada por varias cirugías estéticas, dice: “La cirugía plástica es lo mejor que le ha pasado al mundo.” Maradona nunca ha hablado sobre sus cirugías estéticas. Pareciera que le hubieran ocurrido a su cuerpo, no a él. ¿No hay acaso en esa actitud una pista para entender lo que está ocurriendo con los cuerpos en la era de la cirugía estética?



12 La nueva sonrisa es sólo un primer paso. Diego regresa en secreto a Bogotá para que le practiquen una liposucción y una bichectomía. Los diarios argentinos traducen: hablan de una liposucción y de un retoque en los mofletes. Adiós a los cachetes que lo identificaron en todo el mundo. A pedido suyo, la cirugía ocurre a medianoche, en una clínica de Bogotá. Los cirujanos, nerviosos, temen que dos operaciones puedan complicar la salud de la estrella, y deciden intervenir los cachetes del ex jugador y dejar para otra ocasión la lipo. Dicen que Maradona montó en cólera: había corrido el riesgo de una anestesia general y seguía tan gordo como antes.

13 Pero la gordura de Diego no cede y un tiempo después regresa al quirófano en Cartagena. Le practican el célebre puente gástrico (*by pass*) para disminuir su ingesta de alimentos y controlar el crecimiento de su peso. Diego pasea por las Islas del Rosario y se deja ver de curiosos y fotógrafos. Lejos de la pelota le queda la farándula. En formas muy diversas: mantiene su propio programa de televisión, visita a Fidel Castro, habla de su admiración por Hugo Chávez y dice que quiere ir a Irán, a expresar su apoyo al presidente que enfrenta a Bush. Nadie sabe qué habló con Castro. Si hablaron, acaso, de sus riesgosas operaciones estomacales. Fidel sigue en su lecho de enfermo, tan cerca pero tan lejos del poder. Diego, lejos del fútbol, sigue luchando contra la lentitud del mundo y las argucias de la vida globalizada.

14 En 2007, Emir Kusturica terminó de filmar “No olvidés a Fiorito”, una película sobre los orígenes de Maradona, su fútbol y el mundo. La película del cerebro de Diego, sin la pelota “que no mancha”, está haciéndose todos los días y todos la estamos filmando. Como no hay cirugías estéticas del cerebro, todo está en sus manos y en las de Diego, claro. 